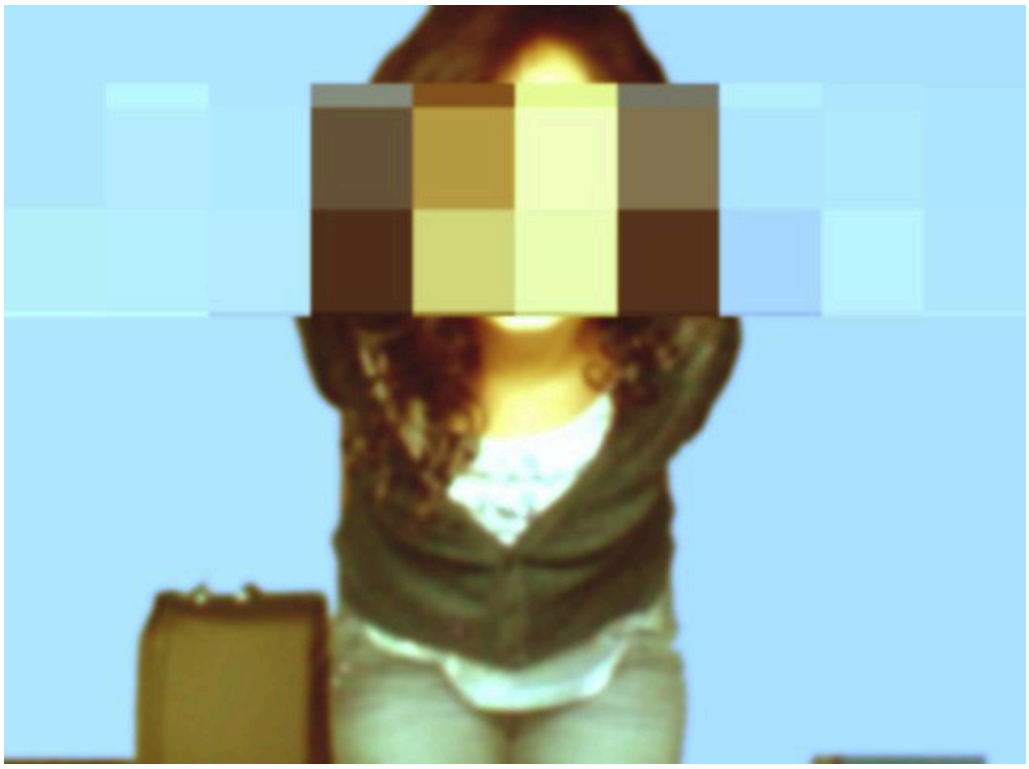

Resérvate el derecho de pensar: incluso equivocarse es mejor que no pensar nada. Hypatia

Capítulo - email 7

I will (not) waste my time

Cuando, pasados los años, me enfrenté a aquel otro impreso, esta vez de preinscripción para matricularme en la universidad, tuve un ataque de decoloración y casi me hago transparente. Fue así que la primera vez que intenté decidir dónde poner la "X" de mi elección, aguanté las lágrimas por no encontrar lo que yo quería. Supuse entonces que al igual que yo, aquello que quería estudiar aún no tenía nombre. Bien pensado… no merecía aquella lágrima, merecía una palabra. Ya lo ve, según el 50% de lo dicho en mi impreso de destino recomendado yo podía ser lo que quisiera ser, pero hay muchas cosas que aún no están inventadas. El mundo, como todo el mundo sabe, está pensado para la gente con nombre y sus profesiones recomendadas.

Para colmo en algún momento de la historia de la gente con nombre inventaron las burocracias. Dícese de trámites escritos que quieren facilitar la gestión de las masas; dícese también de un filtro de selección previo para dejar en el camino a los que no tienen nombre, al capítulo "otros", o a quienes no se ajustan a los nombres cargados de tradición y de bibliografía específica que nos proponían como alternativa. Véase:

> *Las ciencias se dividen en: a) que hacen artefactos, máquinas y cosas técnicas y usan las matemáticas b) que estudian bichos, la vida humana y la naturaleza c) que leen, escriben y memorizan palabras e historias d) que dibujan, colorean, crean e imaginan…*

Había distintas versiones, algunas incluso acompañadas de presupuestos y reformas educativas, pero en el fondo venían a delimitar lo mismo, apoyándose en que aquí las cosas siempre se han clasificado de esta manera y que los libros están ya archivados siguiendo este orden, es más, que los libros están escritos siguiendo este orden.

Yo no quería resignarme a lo que venía dado en aquellas opciones empeñadas en organizar saberes, habiendo previamente clasificado distintas expectativas de unas y otros. Yo no quería, no tanto porque entre el ambiente grisáceo de muchas de esas facultades corría el riesgo de diluirme del todo y terminar convertida en pared o en puerta. No quería, porque llevo mal vivir en un orden estructurado hasta en los más mínimos capítulos que toda posibilidad de *ser* debiera tener y porque me gustaba demasiado la vida como para no intentar involucrarme con intensidad en lo que la vida permite.

Por suerte, la familia siempre está cerca para ponerte ejemplos que, bien como modelos a seguir, bien como modelos de los que escapar, algo ayudan. Y frente aquellos magnéticos impresos de preinscripción parecía que nadie podía resistirse a opinar. En casa unos y otros me animaban a poner una cruz en determinadas casillas. Mis padres decían: -Aunque no tengas nombre, algo sí sabemos de ti, eres una chica, y a las chicas se les da bien lo relacionado con la biología, la naturaleza o con las letras. Mira si no, la hija de Osane, la vecina; o la sobrina de Aitor, el del sexto; o tu hermana Edurne, lo bien que le ha va con su beca como Bióloga en Noruega, o a Arratz que será especialista en enfermedades del sueño. Y seguían y seguían con una lista de referentes cercanos y afines a amigos y vecinos que suponían ejemplos ya testados que querían decidir por mí, pero que por puro agotamiento habrían convencido a muchos. He aquí que todos se empeñaban en repetir las historias y hacer lo previsible, vivir la vida de los otros. Y yo, créame, cada día entendía mejor porque no tenía nombre. Toda la retahila de consejos de mi familia sólo sirvió para ir descartando y tener referencias de lo que no quería hacer.

Y esto mismo le debía estar pasando a otras muchas personas de mi generación. Es la única explicación que puedo dar a que el día de la preinscripción, simultáneamente, fueran hackeadas las webs de muchas universidades, cambiando los nombres de departamentos, títulaciones y asignaturas que en muchos casos heredaban sin más lo hecho por la tradición, y cuyas alternativas (las que nosotros dábamos) claro que eran irónicas, a veces paródicas y siempre mejorables, pero eran nombres que no generaban esas expectativas de exclusión que algunos chicos apreciaban en humanidades y ciencias sociales y muchas chicas en las carreras técnicas.

Juro que no fui yo quien lo hizo. Yo sólo tuve la idea, hice la programación y la subí a Internet y, ya ve, parece que había gente que pensaba igual, porque fueron ellos los verdaderos artífices de los nuevos nombres que estuvieron en línea apenas un día.

Para muchas personas que supieron lo ocurrido, quienes directa o indirectamente participamos en la acción no logramos nada, pues no aceptaron nuestros impresos modificados basados en los cambios de nombre. Las razones, resumidas venían a decir: *así no se transforman las cosas, todo requiere su trámite; mejor argumentar que hackear; estos impresos no pueden ser leídos por nuestras máquinas* y, entre otras cosas, claramente, su predecesor en el cargo de rector de esta universidad no se dio por aludido e intentó tapar lo ocurrido como si hubiera sido una travesura sin importancia. Hoy, sin embargo, muchos de

aquellos implicados en el hackeado de la web trabajan con Alex, Zuriñe, Arturo y conmigo en la *Escuela de Estudios Posibles*.

Pero eso fue después, porque en aquel tiempo yo no tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida y tampoco sabía si la universidad me ayudaría a deducirlo. Tan confusa estuve que perdí mucho tiempo vagando, abandonando mi cuarto y mi casa, viajando, trabajando, probando, equivocándome y, quiero pensar que aprendiendo a tomar decisiones, hasta que lo hice. Sintiendo que estaba desaprovechando parte de mi vida, creí oportuno tomar una decisión que me permitiera, no ya retomar mis estudios, sino dar un salto que me situara por delante, coger un tren en marcha para recuperar el tiempo perdido. Creí que esto sólo podía hacerlo en una carrera como ingeniería informática, porque programar me apasiona y porque sentía (aun lo siento) que el futuro se construirá programando.

Imagino que tenía algunas cosas a mi favor. Y es que investigar sobre las cosas que me gustaban y que ya hacía en casa era como seguir jugando, como siempre había hecho. Probar, experimentar, imaginar y en el fondo, convertir mi afición en mi trabajo es, creo yo, lo que me ha hecho sentir más afortunada en mi vida como persona sin nombre. No se imagina qué increíble sensación lograr que una aplicación funcione. Y que la gente la use. Aquellas líneas que solas eran huérfanas y que debían integrarse en uno. Y apagar el ordenador y esperar a que la gente despierte en cualquier parte del planeta y se encuentren con la aplicación. Ver que ha funcionado, que alguien la ha hecho suya… Y cuando termina el día, descubrir todas esas descargas. Creo que gané varios kilos de ego en aquel tiempo, pues indudablemente era una sensación poderosa. Aunque en mi caso las obras no pudieran estar firmadas, yo las sentía mías y disfrutaba. Y sí, fue uno de los momentos en los que hubiera querido tener un nombre, ¿cuántas obras anónimas en el pasado no habrán tenido como autoras a mujeres que no pudieron firmarlas por otras razones? No parecía justo que ahora yo no lo hiciera por no tener nombre. Pero seguí la inercia del trabajo, de los días y las horas y no me detuve. Eso fue lo que pasó.

De aquella época podría decirle que no tenía dormitorio, casa ni dinero o que me ganaba la vida con mucho sacrificio, pero no fue exactamente así. Lo cierto es que no hubo lado romántico. Mi vida entonces era una vida normal, todo lo normal que puede ser una precaria vida de estudiante difuminada y sin nombre en una habitación alquilada de un piso compartido, si acaso distinta en la intensidad de mi estudio. Ya sabe usted, nadie nace sabiendo y hay muy poco tiempo para aprender tantas cosas… Entre ellas una que

cambió de nuevo mi forma de entender lo que hacía. Se trata de unas palabras, entonces totémicas (apunte, por favor): software libre. Palabras que se unieron como brazo y tronco por una articulación crucial: la lectura, leer cuanto pude dentro y fuera de la universidad y preguntarme por el sentido de lo que hacía y de lo que podía hacer.